

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2-4º1

28013 Madrid

Depósito Legal: M-21589-2005

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

RECUERDO Y DESAGRAVIO A LEÓN FELIPE

Tras mis palabras de sincero y profundo agradecimiento recuerdo y desagravio a León Felipe.

Quede claro que mi intervención no podría ser, tanto por razón de oportunidad como de capacidad, ni un estudio profundo ni un ensayo erudito sobre tan valioso poeta.

Mi misión, hoy, no puede ser otra que dedicar estos momentos al recuerdo emotivo de León Felipe y a la divulgación amorosa de su obra, para tratar de remarcar la talla que, en nuestros días, por fin, se le reconoce universalmente, señalándole como una de las voces más recias de la hispanidad.

La figura de León Felipe es una figura especialmente atractiva para cualquier biógrafo. Su vida es un continuo contraste de luces y sombras, de sueños y duelos, de ilusiones y desencantos. Él encarna, como nadie, el alma, el ser de una Castilla recia y dura, y por extensión de una España tremenda y difícil; y, sobre todo, el de una generación de hombres de inmensos valores, a la que se ha desconocido, olvidado o escondido.

Por eso mi disertación quisiera ser, a la vez, un recuerdo y un homenaje a León Felipe, nuestro querido poeta-farmacéutico; porque no estará de más insistir en que León Felipe, no fue un farmacéutico-poeta, sino un poeta-farmacéutico, ya que en él lo sustantivo era la lírica y no el trabajo profesional, sin que ello reste importancia a lo adjetivo.

Y aprovecharé la oportunidad que se me brinda, y el honor que representa, para poder referirme a él, tratando de contribuir, así, a recordar y ensalzar la figura y la obra de uno de los poetas españoles, perteneciente al recientemente desaparecido

Siglo XX, más dignos de nuestra admiración; pero que, por tantos avatares, ha sido, durante mucho tiempo, abandonado al olvido, cuando no intencionadamente silenciado, y dejado, inclementemente, al desamparo de la más cruel e injusta intemperie intelectual.

Es verdad que esta situación no es nueva entre nosotros. Y el propio León Felipe, cual si augurara el porvenir que esperaba a su memoria y a su obra, había dejado escrito, proféticamente:

*Dejadme,
ya vendrá un viento fuerte
que me lleve a mi sitio.*

Su sitio, evidentemente, es el que hoy le asignamos, cuantos amamos el discurso del pensamiento, su expresión literaria, y más concretamente el sublime arte de la poesía. Su sitio, para todos nosotros, es el que hoy le reservamos, en nuestro corazón, y en el altar de la historia de las letras, quienes nos hemos congregado esta tarde, para honrarle, y para prometerle que nunca más se perderá el recuerdo de su figura y de su ingente obra.

No tendrá ya, en adelante, justificación su verso:

*Los muertos vuelven,
vuelven, siempre, por sus lágrimas...*

Disponiendo, como es lógico en esta ocasión, de un tiempo limitado para evocar a nuestro autor, sólo me cabe hacer algunos sencillos apuntes sobre aquel farmacéutico que tuvo el valor de enfrentarse, un día, consigo mismo, y cambiar el rumbo de su vida, para dedicarla, por entero, a su verdadera e irresistible vocación andariega, que parecía estarle predestinada en su apellido paterno: Camino.

Camino que hizo en soledad, toda su vida, como un romero solitario:

*Cansábame de hacer, día tras día,
la jornada, tan solo y tan callado...
y me quedé apostado
en el recuesto, al borde de la vía,
esperando la santa compañía
de algún lento romero rezagado.
Nadie pasó.
Y esta canción traía
el viento sollozante:
Sigue tu ruta solo, caminante.*

Pero el incansable caminante un día acabará confesando:

*¡Qué solo estoy, Señor;
que solo y qué rendido,
de andar a la aventura
buscando mi destino!...*

Y es que su destino no acababa nunca de encontrarlo; aunque su camino era distinto cada día, como el de un peregrino, como el de un romero.

Lo escribió así el mismo León Felipe, bajo el título de “*Romero solo*”:

*Ser en la vida
romero,
romero solo que cruza
siempre por caminos nuevos;
ser en la vida
romero,
sin más oficio, sin otro nombre
y sin pueblo...
ser en la vida
romero... romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo...
pasar por todo una vez, una vez solo y ligero, ligero, siempre ligero.
Que no se acostumbre el pie,
a pisar el mismo suelo,*

Y ciertamente, él lo cumplió. Y lo cumplió bien. De él se pudo decir, con verdad: llevas contigo el paisaje y el mundo entero es patria para ti. Un mundo en el que siempre estuvo dispuesto, como los viejos guerreros castellanos, a andar a mandobles con obispos y condes, para defender sus libertades.

La enorme y constante andadura de nuestro autor fue múltiple y, sin duda, a veces, incluso disparatada.

Como piedra menuda, (*piedra pequeña, piedra ligera, canto que rueda por las calzadas y por las veredas, guijarro humilde de las carreteras; ni piedra de un palacio, ni piedra de una audiencia, ni piedra de una iglesia*, según sus propias palabras), rodó por todos los caminos. “*Unas veces huyendo—deudas, pobreza, horrores...—y otras buscando, buscando, y buscando. Siempre buscando*”.

León Felipe afirmaba que el destino del hombre, aprendido en los *Libros Sagrados*, es andar. Que podemos nacer en cualquier sitio, pero todos esperamos caminar y caminar hasta nacer de nuevo en una estrella; y añadía: en una estrella de paz, donde no haya, para nadie, espada ni veneno.

Porque la búsqueda de la paz, el afán permanente de encontrar la armonía, y el ánimo sincero de lograr el entendimiento universal, fueron, en suma, su constante preocupación; su maravilloso y eterno quehacer.

Y esa búsqueda la intentó por los mejores caminos que el hombre tiene a su disposición: el del limpio y sincero sentimiento profundo, y el de la más viva y hermosa expresión poética.

El propio León Felipe concluía que el hombre, todos los hombres, peregrinan a lo largo de toda su vida, incansables, hacia esa estrella. Nuestro destino, pues, es andar. Y no se cansaba de repetirlo y de darnos ejemplo de ello.

Y ese destino está escrito en el viento. En ese viento continuo, histórico, intemporal, que, según D. Claudio Sánchez Albornoz, nos trae permanentemente el eco de la voz de León Felipe. Una voz que se confunde con el propio viento:

“Tu voz es el eco del viento; el eco del viento en los encinares, los hayedos, los robledales, los pinares o las alamedas; el eco del viento en las caracolas, en los cuernos y las trompetas de las viejas gestas épicas; el eco del viento que recoge las voces de los mercaderes, los caminantes, los solariegos, los hombres de vebetrería, los clérigos, los juglares, los caballeros, los villanos, los abades, los infanzones o los condes”.

Un viento que todos podemos escuchar, un viento que nos llega desde lejos pero con claridad meridiana. Cualquiera de nosotros podría, aún hoy, decirle, verazmente, al poeta-farmacéutico:

Yo he oído tu voz antes de ahora. La he oído resonar incluso en el silencio.

Bien dijo Andrei Sajarov que las voces que realmente cuentan son, muchas veces, las que menos se oyen.

León Felipe, nacido castellano viejo, en 1884, en el pueblo zamorano de Tábara (capital de la rica comarca del mismo nombre), tras unos trashumantes estudios de enseñanza primaria y Bachillerato, iniciados en Salamanca, se fue enamorando, día a día, desde bien pronto, de su tierra, en la que se fue enraizando, cada vez más profundamente.

Si el niño es realmente el padre del hombre que, con el tiempo, va a ser, sus correrías infantiles por Castilla, modelaron para siempre su alma de castellano viejo. Alma que nunca dejó de tener la inocencia propia de los niños, y de mantener la esperanza que caracteriza a los seres nobles y sensibles.

Un verso de León Felipe afirma: *“Que la cuna del hombre la mecen con cuentos”*

Y en esa cuna, y a través de esos cuentos, se va aprendiendo, poco a poco, y en primer lugar, la lengua con la que luego hemos de ser capaces de expresarnos; *“...porque la lengua no la aprende el ser humano en el colegio ni en la Facultad. La lengua se aprende en la cuna, de boca de los padres. La lengua, mucho antes de que lleguen el libro y las aulas, entra por el oído. Aprendemos de oído a hablar, aunque luego nos enseñen a ponerlo por escrito...”*

Este es el gran valor de la lengua, este es el gran valor de las palabras.

Decía Goethe, en su Fausto, por boca de Mefistófeles: *“Doctamente discutís con palabras cada día y, con palabras se impone la teoría más sorprendente. Por eso, tened fe en las palabras: es tal su valor que no hallaréis otro igual”*.

León Felipe, según su biógrafo Luis Rius, desde bien joven dio tal valor a la palabra, que sus primeros escritos, aún sobre temas irrelevantes, asombran por su claridad y su pulcritud. Cabría añadir que las palabras y los sentimientos fueron, en todo momento, a lo largo de su vida, sus únicas, sus sencillas, pero suficientes e importantísimas armas.

Y aún las palabras le estorbaban para elaborar el verso y llegar a la esencia de la poesía, a la que León Felipe definía así en uno de los poemas de su primer libro:

*Deshaced ese verso,
quítadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.*

El propio poeta dijo un día: *“hoy por hoy, y para mí, la poesía no es más que un sistema luminoso de señales”*.

Pero, volviendo a su biografía, en su momento, (corría el curso académico de 1900 a 1901), comenzó su carrera en Valladolid; y se licenció en Farmacia, en Madrid, años después, en la entonces llamada Universidad Central.

La razón, ó más bien las razones, de la elección de sus estudios han sido muy discutidas y puestas en cuestión; pero lo cierto es que, tras un parsimonioso periodo de cursos universitarios, el licenciado farmacéutico Felipe Camino Galicia, que tal era su nombre completo y verdadero, se establece en Santander, con botica propia. Y en ella, como no podía ser de otro modo, es visitado asiduamente por sus amigos y contertulios, que pronto hacen famosa su rebotica.

Pero su vocación por el teatro, aquella fuerte y juvenil vocación que tantas veces había sido la causa de innumerables disgustos para su padre, el serio notario Don Higinio, acaba por imponerse y arrastra al poeta-farmacéutico a la farándula, que tanto atraía a su espíritu bohemio.

El cambio de profesión de farmacéutico por la de actor tuvo el triste resultado previsible, y tras una larga temporada de obligado aislamiento, vuelve al ejercicio profesional, en muy diversos lugares, y en condiciones, a veces, muy poco ventajosas. Pero ese forzado recogimiento que tanto sacrificio le supuso, tuvo para él una virtud, de la que, con el tiempo, todos nos hemos beneficiado.

Así, se ha dicho que, con ocasión de su establecimiento en Almonacid de Zorita, “entra en esta villa el farmacéutico Felipe Camino Galicia, y de ella salió el poeta León Felipe”.

De esta época es la tierna y emocionante anécdota de la niña a la que el poeta ve pasar todos los días por delante de su botica y a cuyo entierro, poco después, asiste conmovido.

Él mismo nos lo dejó descrito en uno de sus más bellos poemas, situado “en esta tierra de España y en un pueblo de la Alcarria”:

*¡Oh, esa niña!
Hace un alto en mi ventana siempre
y se queda a los cristales pegadas
como si fuera una estampa.*

El poeta la contempla

*¡Qué gracia
tiene su cara,
en el cristal aplastada,*

*con su barbilla sumida
y su naricilla chata!*

La contemplación revela una ternura conmovedora

*Yo me río mucho mirándola
y le digo que es una niña muy guapa...
Ella entonces me llama
;Tonto! Y se marcha.*

De súbito el poema cambia de tono: la ternura se torna piedad

*Pobre niña. Ya no pasa
por esta calle tan ancha
caminando hacia la escuela
de mala gana,
ni se para
en mi ventana,
ni se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa;
que un día se puso mala,
muy mala,
y otro día doblaron por ella las campanas.*

Sentimentalmente el poema se abre a la realidad:

*Y en una tarde muy clara,
por esta calle tan ancha,
a través de la ventana
vi como se la llevaban
en una caja muy blanca.*

Y surge la comparación ventana-ataúd:

*En una caja
que tenía un cristalito en la tapa*

Y sigue la persistencia de la contemplación del rostro tras un cristal:

*Por aquel cristal se le veía la cara
lo mismo que cuando estaba
pegadita al cristal de mi ventana*

Y la impresión ha quedado fija de tal modo en el poeta que se convertirá, para él, en visión existencial:

*Al cristal de esta ventana
que ahora me recuerda siempre
el cristalito de aquella caja tan blanca*

Si tras leer el poema nos asomamos a la ventana de la botica de León Felipe, comprendemos por qué el poeta concluye:

*Todo el rito de la vida pasa
por el cristal de mi ventana.*

Es, pues, auténtico todo. Aquella niña existió y se murió; y el poeta sintió un sufrimiento sincero que dio lugar a tan hermosos versos.

Esta y tantas otras delicadas situaciones, reafirman, definitivamente, su fina pero firme sensibilidad de poeta.

Y bien puede decirse así, ya que por entonces nacieron los dos volúmenes de su primer libro, titulado “*Versos y Oraciones del caminante*”, escrito en un amplio período que va desde 1917 al 1929.

Pero León Felipe, como caminante impenitente, marcha a otros lugares; en primer término a Madrid, y poco más tarde, a diversos pueblos del África colonial española. Pero siempre vuelve a sus lugares de origen. A Valladolid, cuna de sus padres; a Palencia... A otras ciudades y pueblos de la meseta castellana volverá varias veces, en temporadas largas, donde se reafirmó su predilección castellanista, y el acorde de su espíritu con los paisajes y las gentes de la llanura.

A su definitivo regreso a la península, y tras una corta estancia en la capital, emigra a América, donde los Estados Unidos le reciben alborozados.

Allí fue un brillante profesor de literatura que ejerció notable influencia sobre sus numerosos alumnos, que se sentían inmediatamente atraídos por su enorme personalidad.

Clases, amistades, y hasta el matrimonio encuentra León Felipe en tierras americanas. Bertha Gamboa sería su compañera, fiel y amadísima, hasta su fallecimiento, ocurrido once años antes que el del poeta, que murió en Méjico en 1968.

Volviendo al recuerdo de su obra, hay que señalar que, en 1933, aparece un nuevo libro de León Felipe titulado “*Drop a Star*”. Tanto en él como en los anteriores se hace bien patente la característica que había de dominar toda su obra de esta primera

época: su expresión apasionada y torrencial que rompe todos los moldes del subjetivismo formalista, vigente en la época.

Casi no es necesario recalcar que la de León Felipe es una poesía prácticamente hablada, no escrita. Los rasgos sobresalientes de su estilo siempre corresponden, en efecto, a una expresión oral. En este sentido podríamos calificarla de poesía juglaresca, con la cual el poeta se dirige de viva voz a sus lectores, es decir, a su oyente, haciéndole intervenir en ella, a veces de un modo excesivamente directo. Y en ocasiones incluso preguntándole abiertamente. El carácter hablado de la poesía de León Felipe le da a ésta una gran movilidad que es, si bien se mira, donde radica su mejor virtud, su vitalidad eterna.

Como León Felipe sigue sin encontrar ubicación definitiva, la guerra civil le sorprende en España, en una de sus numerosas idas y venidas; y tras una larga peregrinación, que pasa por Valencia, Barcelona y París, cruza de nuevo el Atlántico, para establecerse, a finales de 1938, en Méjico, donde había de permanecer durante siete años.

“No comparte, por tanto, la lucha con un bando definido, pero se convertirá en portavoz de la España peregrina y desde la lejanía cantará a la patria entrañable”.

Las experiencias de la guerra y del exilio nutren libros como: *“El payaso de las bofetadas”* (1938); *“El hacha”* (1939); *“Español del éxodo y del llanto”* (1939); *“El gran responsable”* (1940); y *“Ganarás la luz”* (1943). La influencia de su gran amigo el famoso poeta americano Walt Whitman (de cuya obra publicó una admirable traducción en 1941) es visible en su poesía áspera e intensa, que muestra una voluntad realista y coloquial.

A partir de 1945 viajó por diversos países de América del Sur, y a este último período pertenecen obras como *“La antología rota”* (1947); *“Llamadme publicano”* (1950); *“Belleza cruel”* (1958) y *“El Ciervo”* (1958).

Su obra es amplia y variada y en toda ella su preocupación por la Patria lejana no le abandonará nunca, pese a la enorme distancia que le separaba de la misma. En Méjico dejó esculpidas sobre las hojas de un periódico mejicano, que supo navegar libremente por las dos orillas atlánticas, unas palabras tan duras como certeras, y a la vez tan tristes como esperanzadoras:

“Hermano... tuya es la hacienda... la casa, el caballo y la pistola... Mía es la voz antigua de la tierra. Tú te quedas con todo y me dejas desnudo”

y errante por el mundo... Mas yo te dejo mudo...; ¡mudo!... Y ¿cómo vas a recoger el trigo y a alimentar el fuego si yo me llevo la canción?”

De los días de su llegada a Méjico, junto con la oleada de exiliados españoles, data una curiosa anécdota que me relató, de primera mano, el embajador de España D. Manuel García-Miranda y Rivas. Tras conocer que a varios compañeros de su grupo le había ocurrido una serie de calamidades, en una conversación que el poeta mantenía con su gran amigo Alfonso Reyes, trataba este, inútilmente, de animarle, ante la situación que se les presentaba. León Felipe cerró la conversación tajantemente: “*No insistas Alfonso, estamos perdidos; porque Dios ya nos ha localizado*”.

Cuando él volvió a América, los españoles del “éxodo y el llanto” se miraban de reojo unos a otros, y se trataban entre sí con hostilidad; nunca se reunían a platicar fraternalmente; jamás se habían congregado en torno a una mesa. Tantas eran sus diferencias. Pero llegó León Felipe y aquellas diferencias se borraron, para aplaudir, todos juntos, sus metáforas, sus apóstrofes, sus sarcasmos y sus versos. Desde entonces se les pudo ver sentados, todos juntos, y compartir con él el pan, y beber el vino del exilio. ¡Milagro, milagro suyo, milagro de su genio!

Por supuesto, no es posible, en esta ocasión, hacer una verdadera biografía de un personaje tan apasionante; ni menos aún un sucinto comentario de cada una de sus obras, ni casi tan sólo relacionarlas; pero no sería justo dejar de señalar que su voz, venida desde lejos, y escuchada con devoción a través de los años, envuelta aún en el misterio de los ecos intemporales, sigue siendo una de las más íntimas y hermosas, y a la vez, una de las más resonantes, convincentes y arrolladoras.

Su desprendimiento del tiempo y del espacio llegan a hacerse virtud en sus versos:

*“Yo no sé cómo soy...
y no sé lo que quiero...
y no sé a dónde voy
cambiando, inquieto, siempre, de sendero...
Algo espero, sí, pero...
¡No sé, tampoco, lo que espero!...”*

Esta duda, esta inquietud fue una constante en su vida; pudiera decirse, sin exagerar, que llegó a ser como un dogma de fe, en su programa vital.

Han pasado muchos años, y León Felipe ha sido, al fin, reconocido, estudiado, recordado y admirado.

Insisto en que no cabe aquí, tampoco, ni intentar un análisis de su estilo, ni acotar los temas de su preferencia; pero no se pueden silenciar, porque no se le pueden negar, ni ignorar, algunas notas que le definen y le singularizan.

Aunque, para juzgar sus versos, y sobre todo su intencionalidad, son suficientes sus propias palabras:

*¡Oh, pobres versos míos,
hijos de mi corazón,
que os vais ahora solos y a la aventura por el mundo...
que os guíe Dios!
Que os guíe Dios y os libre
de la declamación:
que os guíe Dios y os libre
de la engolada voz;
que os guíe Dios y os libre
del campanudo vozarrón;
que os guíe Dios y os libre
de caer en los labios sacrílegos de un histrión.
¡Que os guíe Dios!... Y Él, que os sacará
de mi corazón,
os lleve
de corazón
en
corazón.*

Queda claro que su sentimiento, su inspiración, su sueño, su deseo es lo único que cuenta.

Si es verdad que sólo porque D. Quijote cree verlo en una prosaica bacía de barbero, adquiere el yelmo de Mambrino su poesía encantada, para León Felipe todo es poesía o no es nada. Y así, cuanto escribe, sea verso o prosa, está inundado de poesía, poesía con la que supo cantar a la muerte y a la vida, al dolor, a la rabia, a la injusticia, al misterio del hombre y al misterio de Dios. Poesía que nos trae los mensajes del más allá o del más acá, del nacer o del morir, y hasta del tronar de la nube tras la que grita Dios.

Al recuerdo del inmortal Quijote vuelve, una y otra vez, para identificarse con él y hasta para pedirle, ya abatido, que le acepte a su lado. Así lo expone en estos conocidísimos versos que han sido incluso musicados y convertidos en conocida canción popular:

*Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar...
Va cargado de amargura...
Va, vencido, el caballero de retorno a su lugar.
Cuántas veces, don Quijote, por esta misma llanura
en horas de desaliento así te miro pasar...
Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;
hazme un sitio en tu montura
caballero derrotado,
hazme un sitio en tu montura
que yo también voy cargado
de amargura
y no puedo batallar.
Ponme a la grupa contigo,
caballero del honor,
ponme a la grupa contigo,
y llévame a ser contigo
pastor...*

Porque según él mismo explicaba, triste y desencantado:

*Ahora a mí me sucede
lo contrario que al hidalgo manchego:
que tomo por rebaños
los ejércitos.*

Sus temas son épicos, sociales, religiosos, ascéticos y siempre trascendentes; el viento castellano que habla por su voz no es una suave brisa musical de primavera, sino el rugir del huracán que precede y acompaña a la tronada. Su voz es la del viento que agita a las alamedas o los encinares castellanos, que dobla el trigo en flor, limpia la paja de la era, trae olor a tomillo o a romero, seca el adobe, hace girar las veletas de torres y espadañas, pobladas de plantas y cigüeñas, y aúlla en las plazas y callejas de las ciudades, de las fortalezas y de los templos de Castilla.

Su voz, en consonancia con su carácter, recorre todo un amplio diapasón que va de las sacudidas eléctricas a la somnolencia y el letargo, que tras los ascensos bruscos preludia las caídas verticales, que acepta el fatalismo y se encara con todo, en claro desafío al mundo, que representa el ímpetu arrollador, como flecha disparada hacia el mañana, y admite las fuerzas estáticas que aprisionan la voluntad en el ayer. Como el eterno claroscuro de la historia, así es el alma y la poesía de León Felipe.

Por todo ello, él representa una lírica independiente, expuesta en una densa obra, comprometida con la realidad de su tiempo, íntimamente vinculada a cuanto le rodeaba, y sellada con la impronta de la sinceridad.

Con razón dijo, de él, Max Aub: *“León Felipe es, él sólo, una generación aparte”*. Añadiendo: *“Imagen viva, desolada y desollada de nuestra España, empalada en una misión sangrienta de la Historia”*.

Vicente Aleixandre le llamó *“poeta en horas de tribulación, capaz de hablar al hombre como amigo supremo de la libertad”*.

Otro nobel, Camilo José Cela, dijo de él que era *“espejo en el que los hispanohablantes del mundo entero, que somos legión, debemos mirarnos, por su honestidad y por su valor”*.

Y otros dos nóbeles más, éstos de la América Hispana, Pablo Neruda y García Márquez, dejaron bien clara su predilección por el poeta de Tábara. Para el primero, León Felipe era como *“un infolio joven y amarillo en el que todos los versículos, la sabiduría y la ternura, estaban escritos”*.

Por su parte, Gabriel García Márquez, dijo una tarde, en Bogotá, en casa de Belisario Betancour, que León Felipe llevaba en sus venas toda la sangre del hombre, que estallaba a borbotones en sus versos. Y se preguntaba: *“¿Será posible que con el renacer cultural que vivimos, nadie sea capaz de articular una fórmula para que no se disperse, ni se pierda, la obra de León Felipe? Algo así como una Casa de la poesía, o del Hombre Peregrino, ese que él fue, que acoja su obra, mística y castellana, y sea lugar de encuentro para los jóvenes creadores”*.

La preocupación de García Márquez, respecto al destino de la obra de nuestro autor, afortunadamente ya ha desaparecido. El Ayuntamiento de Zamora ha conseguido el milagro de recuperar la valiosísima documentación que se conserva sobre León Felipe. Documentos, biblioteca, enseres personales, y hasta recuerdos del poeta de Tábara están ya en Zamora, que los acogió, recientemente, y para siempre. Allí está la obra mística y castellana de León Felipe, el legado de un poeta, de un pensador, de uno de nuestros intelectuales más lúcidos y de más talento.

De este modo, el poeta farmacéutico, siquiera sea metafóricamente, ve cumplido su deseo de volver a Castilla la Vieja, a esa Castilla que no es ni épica ni guerrera, pero sí levadura de España.

Sus propios versos nos advierten claramente de su deseo:

*¡Oh, luz, luz y amor de mi vida!
¡Luz altanera de Castilla!
¡Tú que me recibiste al nacer,
amortájame cuando muera!*

León Felipe regresó definitivamente a su tierra zamorana. A través de su obra y de sus recuerdos, el poeta, desde hace algo más de un año, está de nuevo, y para siempre, entre nosotros.

Con ocasión de este hecho, el magnífico periodista Jesús Fonseca, se refirió a él como *“el poeta más universal de Castilla”*.

Y Margarita Arroyo, también poeta y también farmacéutica, considera a León Felipe como alquimista de palabras, conceptos y sentimientos.

Sobre León Felipe se ha escrito mucho. Poeta caminante, poeta universal, (como lo demuestra su influencia en las universidades americanas), son muchos sus vínculos con la generación *“beat”*. Con ellos compartió el inconformismo político, el rechazo a la sociedad del hartazgo, la crítica a la soberbia occidental y, sobre todo, la vida errante, de estación en estación en el tren de su destino, abierto a cualquier horizonte humano.

Como para todo poeta, amor y soledad son, también para León Felipe, dos continuas fuentes de inspiración; pero que en este *“infatigable romero”*, (como le llamó Rafael Morales), se muestran del modo más auténtico, en un continuo esfuerzo en busca de la verdad desnuda y sencilla.

Su verso, tantas veces encuadrado en el tópico de la poesía moderna, da pie a la vieja controversia de la lírica y la poesía. Pero, para valorar seriamente al poeta del éxodo y del llanto, se ha de empezar por aceptar que tradición y modernidad son aliadas inseparables, y que toda auténtica renovación se fragua en el transcurrir del tiempo.

León Felipe, español hasta la médula, se rebeló ante las ruinas de su época; pero lo hizo mostrando su fe y su confianza en el futuro:

*“Se ha muerto un pueblo,
pero no se ha muerto el hombre.”*

Añadiendo, en otros versos:

*“Españoles,
españoles del éxodo y del llanto:
levantad la cabeza
y no me miréis con ceño,
porque yo no soy el que canta la destrucción,
sino la esperanza...”*

León Felipe, al finalizar el poema inicial de *“Oh, ese viejo y roto violín”*, se autorretrata así:

*Y el poeta que escribe estos versos
también es viejo y feo...
Y también llora.
Y no sabe tampoco por qué llora...
Pero si no llora de verdad...
¡tampoco hay poema!*

Y es que el dolor, según escribió no hace mucho el joven novelista actual Juan Manuel de Prada, es el sentimiento más fértil de cuantos existen, más fértil incluso que el rencor, especialmente en la producción literaria.

Personalmente recibí, en momentos de gran desconsuelo, un consejo que entonces me pareció sin sentido y que hoy reconozco me fue utilísimo. Ante una desgracia familiar, mi gran amiga Blanca Álvarez, conocida de todos los telespectadores españoles, me insistía una y otra vez: ¡escribe!, ¡escribe!, es la mejor manera de echar fuera el pesar que llevas dentro y es lo mejor que puedes dejar a los demás.

Finalmente, creo obligado poner de manifiesto lo que Gerardo Diego llamó su religiosidad fundamental. Por supuesto, León Felipe no era practicante, pero tampoco agnóstico, como se ha repetido.

Su coloquio con Dios era directo y constante.

Él declaraba: *“mi voz es opaca y sin brillo, y vale poca cosa para reforzar un coro. Sin embargo, me sirve para rezar yo sólo bajo el cielo azul”*.

Si al decir de Séneca, en todo hombre bueno habita Dios, León Felipe nunca anduvo muy lejos de Él.

Prueba singular de ello es que, en todas sus obras, pero más frecuentemente en sus *“Oraciones del caminante”*, son constantes sus miradas a lo eterno. Su Dios –vecino

inabarcable– le hiere, y le signa, y le llama desde lejos. Y él le responde, aunque lo hace desde su altar de tierra. Pero nunca se olvida de él.

*“Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana,
hacia Dios,
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios”*

Y en unos sinceros y descarnados versos que el poeta tituló escuetamente “Oración”, no se recata de afirmar paladinamente:

*Señor,
yo te amo
porque juegas limpio:
Sin trampas –sin milagros–;
porque dejas que salga
paso a paso,
sin trucos –sin utopías–;
carta a carta,
sin cambiazos,
tu formidable
solitario.*

Pocos hombres como León Felipe gustaron tanto de la poesía mística y ascética; y pocos poetas supieron, como él, inspirarse en la misma.

Un ejemplo explícito de todo ello, lo tenemos cuando glosa estos versos de Fray Luis de León:

*Y dejas, Pastor Santo
tu grey en este valle hondo, oscuro...*

Y compone este denso, sugestivo y hermoso poema:

*Aquí vino
y se fue.
Vino..., nos marcó nuestra tarea
y se fue.
Tal vez detrás de aquella nube
hay alguien que trabaja,
lo mismo que nosotros,
y tal vez las estrellas
no son más que ventanas encendidas
de una fábrica
donde Dios tiene que repartir
una labor, también.
Aquí vino
y se fue.
Vino..., llenó nuestra caja de caudales
con millones de siglos y siglos,
nos dejó unas herramientas...
y se fue.
Él, que lo sabe todo,
sabe que estando solos,
sin dioses que nos miren,
trabajamos mejor.
Detrás de ti no hay nadie. Nadie.
Ni un maestro, ni un amo, ni un patrón.
Pero tuyo es el tiempo.
El tiempo y esa gubia
con que Dios comenzó la creación.*

Al final de su vida reconocía: “*soy un viejo pobre y un pobre viejo*”, pero, desde bien joven, la vida de León Felipe adquiriría un verdadero, un mayor y mejor sentido, al ser puesta, siempre, al servicio de los demás. Esto le marcaba, según sus propias palabras, “*el rito de la vida y del alma*”. Por eso, también a él cabría aplicarle aquellas palabras de San Agustín: “*Somos como niños jugando a la orilla de la eternidad, porque, querámoslo o no, Dios es nuestro Padre*”.

Y León Felipe, pese a sus dudas y hasta a sus negociaciones, al reflexionar, tantas veces, ante la Cruz de Cristo, como síntesis del amor divino, nos deja entrever su pensamiento. Su palabra, desnuda de afectaciones, nos revela la sencillez de su pen-

sar y de su sentir, de su alma y de su corazón. Y todo ello lo expresa en estos versos humanos y sinceros:

*“Más sencilla... más sencilla.
Sin barroquismo,
sin añadidos ni ornamentos,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos y decididamente rectos.
Los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos.
Que no haya un solo adorno
que distraiga ese gesto,
ese equilibrio humano
de los dos mandamientos.
Más sencilla... más sencilla;
haz una Cruz sencilla, carpintero”.*

Finalmente, como hombre profundo, como hombre profundamente bueno y como hombre profundamente religioso, y según su propio testimonio, la última palabra que quiso pronunciar fue ésta: PERDÓN.

Y el testimonio es, por sincero, tierno y emocionante, pero, a la vez, conmovedor y desgarrador. Supone su verdadero testamento. El mismo, al principio de *“Español del éxodo y del llanto”* coloca un poema titulado precisamente así: *“Un poema es un testamento”*, en el que empieza aclarando: *“Un poema es un testamento sin compromisos con nadie, y donde no hay disputas ni con el canónigo ni con el corregidor. Donde no hay política”*.

Así pues, biografía y testamento se suceden. El poema es, primero, la biografía; y acaba siendo, después, el testamento. Dicho de otro modo, es la crónica de una vida. De ahí que él mismo añada otra definición en el poema *“No me contéis más cuentos”* de su obra *“Llamadme publicano”*: *“Se sabe que el poema es una crónica, que la crónica es un mito”*.

De la biografía particular de un hombre se asciende a la colectiva de un pueblo, y así la obra de León Felipe puede ser, de algún modo, la crónica del exilio español. De hecho lo es, y será forzoso citarla siempre que se hable de aquellos que partieron al destierro para, en muchos casos, no regresar. Una crónica, por tanto, del llanto.

De acuerdo con todo ello, su testamento moral, lo encierra en estos significativos versos, donde su última y definitiva palabra es esta: “PERDÓN”.

“Soy ya viejo,
y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido,
y ya no puedo encontrarla
para pedirle perdón.
Ya no puedo hacer otra cosa
que arrodillarme ante el primer mendigo
y besarle la mano.
Yo he sido bueno...,
quisiera haber sido mejor.
Estoy hecho de un barro
que no está bien cocido todavía.
¡Tenía que pedir perdón a tanta gente!...
Pero todos se han muerto.
¿A quién le pido perdón ya?
¿A ese mendigo?
¿No hay nadie más en España...,
en el mundo,
a quién yo deba pedirle perdón...?
Voy perdiendo la memoria
y olvidando las palabras...
Ya no recuerdo bien...
Voy olvidando... olvidando... olvidando...,
pero quiero que la última palabra,
la última palabra, pegadiza y terca,
que recuerde al morir
sea ésta: PERDÓN.
PERDÓN.
¡PERDÓN!”.

Al homenajear, hoy, a León Felipe, nosotros también le decimos: PERDÓN. Perdón por la incomprensión. Perdón por el olvido. Perdón por no haberle escuchado atentamente. Perdón por no haber entendido y valorado adecuadamente su mensaje. Perdón por no haber aprovechado sus hermosas lecciones. Perdón por no reivindicarle, en su día, y para todos, absolutamente para todos. Perdón por no haberle reconocido y honrado suficientemente: ¡Perdón por tantas cosas!...

Y con sincero ánimo de enmienda le añadimos: Te recordaremos siempre.

Nada más. Y muchas gracias.

DATOS BIOGRÁFICOS

Es doctor en Farmacia, periodista y profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

Como Director Nacional de Albergues Universitarios, organizó cursos y seminarios de formación para la juventud universitaria, al mismo tiempo que escribía sobre temas relacionados con la vida y el pensamiento del hombre.

Como profesor de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid, desarrolla una intensa labor docente desde la Cátedra de “Historia de la Farmacia y Legislación Farmacéutica”.

De reciente aparición es su obra *“Antropología y Ciencias Médicas en la obra de Quevedo”* tema extractado en su conferencia *“Médicos y Boticarios en la obra de Quevedo”* pronunciada en nuestra UMER.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 1: "Hablar y Callar". Pedro Laín Entralgo
- Nº 2: "Historia de la Biología Molecular en España". Margarita Salas
- Nº 3: "Envejecimiento". Alberto Portera Sánchez
- Nº 4: "Los Mayores: cómo son". Enrique Miret Magdalena
- Nº 5: "Reflexión cristiana sobre la ancianidad". José María Díez Alegría
- Nº 6: "Los médicos y las humanidades: Maraón ante la Historia". Mariano Turiel de Castro
- Nº 7: "Guernica". José Veguillas Larios
- Nº 8: "Vicisitudes dramáticas de "El Abuelo". M^a de los Ángeles Rodríguez
- Nº 9: "Curso monográfico: cuatricentenario de Velázquez". Carmen Díaz Margarit.
Carmen Pérez de las Heras. Alberto Portera
- Nº 10: "Contenido mental, salud y destino". Víctor López García
- Nº 11: "Aula para Mayores, Universidad de Granada". Miguel Guirao
- Nº 12: "Los programas universitarios para personas mayores en España". Norberto Fdez. Muñoz
- Nº 13: "Rumanía: un país de raíces latinas". Inés P. Arnaiz Amigo
- S/N : Memoria de la "UMER", Universidad de Mayores Experiencia Recíproca, 1994-1999
- Nº 14 bis: "Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)". Alicia Alted Vigil
- Nº 15: "Aspectos Históricos y Literarios de la Gran Vía". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 16: "Las cooperativas y las personas mayores". Rafael Monge Simón
- Nº 17: "Los Mayores y la solidaridad". Padre Ángel García Ramírez
- Nº 18: "Mujeres españolas del siglo XX. María Zambrano". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 19: "Mujeres españolas del siglo XX. María Moliner". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 20: "Los fines de la educación". Aurora Ruiz González
- Nº 21: "1999: Año Internacional de los Mayores". Norberto Fernández Muñoz
- Nº 22: "Poesías". Felicitas de las Heras Redondo
- Nº 23: "Consentimiento informado". Manuel Taboada Taboada
- Nº 24: "Aproximación a Edgar Neville y su cine". M^a de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 25: "Xavier Mina: un liberal español en la independencia de México". Manuel Ortuño Martínez
- Nº 26: "La verbena de la Paloma. La modernidad de su libreto". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 27: "Breve ronda de Madrid". María Aguado Garay
- Nº 28: "Una televisión "de" y "para" los mayores. ¿Otra utopía posible?". Agustín García Matilla
- Nº 29: "A mis 90 años: Por un optimismo razonable". Enrique Miret Magdalena
- Nº 30: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca "UMER" de 1999 a 2004"
- Nº 31: "Larra entrelíneas; los diarios ocultos". María Pilar García Pinacho
- Nº 32: "Recuerdo y desagravio a León Felipe". Mariano Turiel de Castro

La Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (U.M.E.R.) es una entidad estrictamente cultural, independiente de todo credo político o religioso (Art. 4 de sus Estatutos), organizada por profesores jubilados y personalidades de la cultura, con sede en Madrid y de ámbito estatal, cuyos fines son :

- Transmitir a los mayores con curiosidad intelectual, y a los que sin ser jubilados lo deseen, la experiencia acumulada en la vida docente, poniéndola al servicio de la sociedad.
- Fomentar la intercomunicación y la tolerancia.



MARIANO TURIEL DE CASTRO

**RECUERDO Y DESAGRAVIO
A LEÓN FELIPE**



U.M.E.R.

UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA
SEDE SOCIAL: C/ ABADA, 2-4ºI
28013 MADRID

Recuerdo y desagravio
a León Felipe

MARIANO TURIEL DE CASTRO

Subvencionado por:



Madrid, 2005